

LA VOZ DE LAS MUJERES

Elvira Lindo

Quiero agradecer a la Casa del Mediterráneo y a la Fundación de Mujeres por África el que hayan contado con mi presencia. Es un honor encontrarme aquí entre vosotras, mujeres que tanto podéis enseñarnos sobre la resolución de conflictos y los tortuosos caminos hacia la paz.

Antes que nada quisiera hacer una breve anotación sobre la voz de las mujeres. Como ha argumentado la historiadora británica Mary Beard en su ensayo “Mujeres y Poder” ha habido una voluntad sistemática a lo largo de los siglos de silenciar la voz y la opinión de las mujeres. La señora Beard recurre al primer ejemplo literario que así lo constata: el momento en que, en la Odisea, el jovencuelo Telémaco se siente con el derecho a reprender a su madre Penélope cuando expresa su opinión:

“Madre mía –dice–, marcha a tu habitación y cuídate de tu trabajo, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se ocupen del suyo. La palabra debe ser cosa de hombres, de todos, y sobre todo de mí, de quien es el poder en este palacio.”

Si comienzo con esta cita es porque a menudo, y más en este singular presente en el que vivimos, a las mujeres que realmente tenemos la suerte de vivir en un país en tiempos paz se nos trata de

callar la voz con un argumento curioso, que consiste en comparar nuestra situación privilegiada con la existencia desesperada de las mujeres que habitan en lugares de conflicto o en países donde su independencia o voluntad es reprimida. Una vez que se nos recuerda que no tenemos nada de lo que quejarnos, se nos anima a que cerremos la boca con nuestros asuntos de género. ¿Qué más queréis?, nos dicen, ¿De qué vienen vuestras quejas si vivís en una sociedad en la que no tenéis que tapar vuestra cabeza ante los hombres, en la que podéis conducir o estudiar una carrera, si vosotras o vuestras hijas no van a ser apresadas y vulneradas como botines de guerra, si podéis trabajar, si en las leyes se refleja una igualdad que ya debierais estar disfrutando? ¿Qué queréis más?, nos preguntan y se preguntan. Unos lo expresan públicamente y otros lo piensan.

Es una teoría en la que palpita una idea simple, directa y significativa: solo las mujeres que sufren la violencia física tienen derecho a quejarse, las demás mujeres debemos dar nuestra lucha por finalizada.

Quien así piensa olvida algo esencial: las mujeres que creemos en el feminismo como un factor imprescindible para el progreso social nos sentimos interpeladas por aquello que le ocurre a una mujer por el hecho de serlo en cualquier lugar del mundo. Se trata de un lazo que sentimos emocionalmente, puesto que nace de nuestra propia condición, pero que desde luego contiene una dimensión política. Lo privado y lo político son inseparables, están afectados lo uno por lo otro. Se transforma en política aquello que pasa de ser una legítima preocupación por la vida privada a la reivindicación de un colectivo. Ese colectivo puebla el mundo, ese colectivo padece agresiones de la

misma naturaleza, la integridad de ese colectivo es vulnerada por sistema en situaciones de conflicto armado o social. Y no es por causa de una debilidad propia de ese colectivo, sino por una voluntad de quienes ejercen el poder de mantenerlo silenciado. Es una cuestión de dominio que se manifiesta de muy diversas maneras. No se trata de victimizarse, como suelen decir, sino de entender que hay un factor de violencia de género que siempre está ahí, latiendo. Y tenemos una obligación moral de alzar nuestra voz para unirnos a la voz de otras y también para hacerla notar en nuestro propio entorno, porque las regresiones, los retrocesos en nombre de la moral o la religión, existen y están a la vuelta de la esquina.

A menudo, seguramente de manera bienintencionada, se describe a las mujeres como la parte de la población más débil y se analiza esa supuesta debilidad como el factor que nos hace víctimas propicias en los conflictos bélicos o en los lugares de conflicto. No es cierto, la fuerza del hombre, si está armado y va en grupo, es inmediata y abrumadora. La fortaleza de la mujer está en su capacidad de resistencia, en la manera en la que aguanta situaciones de horror absoluto, en la manera en la que se sobrepone a enfermedades o a agresiones y sigue luchando, por ella o por otros.

No somos débiles y nuestra vulnerabilidad obedece a una razón política. La fuerza física puede doblegarnos, como a cualquier ser humano, pero cuando esa violencia se usa contra las mujeres es porque se entiende que el género al que pertenecemos merece estar doblegado, siempre subordinado, en cualquier caso, silenciado. Esa es la razón por la que las mujeres debemos intervenir, tener un papel activo, en las situaciones de conflicto. Incluso antes de que estas se

produzcan, deberíamos ser firmes en defender una sociedad desmilitarizada, como así hizo Grace Paley, la escritora y activista americana cuando decidió plantarse, juntos a otras mujeres, ante la Casa Blanca, para mostrar su oposición a la guerra del Vietnam, o cuando en un acto de desobediencia civil se negó a que parte de sus impuestos financiaran la carrera armamentística. Las mujeres debemos participar en el antes, en el durante y en el después de los conflictos. Para empezar porque formamos parte, mayoritariamente, de esa población civil que ya no se respeta, que se incluye en el botín de guerra. Somos conscientes, además, de la vulnerabilidad de ese otro sector de la población, la infancia, que sufre de manera implacable el azote de la violencia. Porque los niños no son solo de sus madres, lo son también de todas las mujeres. También los ancianos.

En la novela "Vida y Destino", el escritor Vasili Grossman escribe unas páginas sobrecogedoras sobre la fila que guardan unas presas judías de un campo de concentración para acceder a la cámara de gas. También hay niños. Entre esas mujeres, se encuentra una anciana. La anciana observa a un niño de unos cinco años que sin estar acompañado camina sin saberlo hacia la muerte. La anciana en ese momento le toma de la mano. Sabe que de ahí hasta que se desvanezca el niño será su nieto. Su nieto querido, al que debe proteger y dar amor. ¿Merece la pena asumir esa responsabilidad cuando ya no hay esperanza? Si la escena nos conmueve es porque sabemos que sí, que merece la pena y que la protección de las mujeres a los niños va mucho más allá de los lazos biológicos.

Si es nuestra vida la que está en juego; si es nuestra integridad física o moral; si es la de nuestras hermanas, madres, abuelas; si están amenazados los niños, a los que consideramos nuestros; si sabemos

que un mundo no participan las mujeres está abocado al sufrimiento y al retroceso, ¿por qué no forzar nuestra participación? ¿por qué no unir fuerzas para presionar a los organismos internacionales que hagan efectivos sus buenos propósitos?

El pasado 8 de marzo las calles españolas vivieron unas manifestaciones vibrantes. Había mujeres de todas las generaciones. Había muchos sueños en esas cabezas, sueños, necesidad de compensación y recompensa, esperanza, indignación, reivindicaciones laborales, había prisa porque los cambios sucedieran, había un sentimiento de unión con las otras mujeres del mundo. Parecía que era el principio de un gran cambio. Mi sensación hoy, ante este otro 8 de marzo que se nos presenta ya, es que hay hombres que nos acompañan en el camino pero hay otros que se han cansado de escuchar nuestra voz. “Pensad en quienes están peor que nosotras”, nos dicen o piensan, hartos de que los asuntos de género se hayan hecho visibles en los medios de comunicación. Muy bien, eso es lo que hacemos cada vez que defendemos nuestros derechos: pensar en que somos una gran comunidad sin fronteras. Nuestra voluntad ha de ser la de cambiar el mundo. Cualquier mujer podría ser cualquier de nosotras. Eso es lo que hace que las aspiraciones particulares se conviertan en reivindicaciones colectivas, en derechos políticos.

No habrá manera de apaciguar la violencia si no se cuenta con la voz de las mujeres. Ni nuestros padres, ni nuestros maridos, ni los gobiernos, ni los intereses bélicos, ni nuestros hijos pueden mandarnos callar. La violencia, la guerra, la destrucción de los cuerpos y las almas que provoca, la degradación moral nos incumben como colectivo. Mejoramos el mundo con nuestra presencia, pero lo mejoraremos aún más si nos comprometemos a participar en él. Nuestra voz sirve,

siempre. Si hablamos unas de otras, si expresamos los que otras no pueden decir, si somos conscientes de los lazos que nos unen, si aprovechamos nuestra fuerza, que es mucha, la fuerza de la resistencia de las mujeres que es imbatible para imponer nuestra legítima presencia en las decisiones de las que somos apartadas el mundo será más habitable, estoy segura, reduciremos el infierno, lo vamos a reducir.